

los reinos e imperios, y que cuantas cosas se pueden pensar. ¡Oh bienaventurados golpes, que en tal descanso han de parar, y bienaventurado trabajo que ha de ser pagado con abrazos de Dios! Hiérenos, Señor, aquí cuanto mandares, porque allí nos halagues; haznos llorar, porque nos enjugues las lágrimas; consuélanos en todo, porque gocemos de Ti, que eres el todo; y sénos aquí riguroso, porque nos guardes para allá tu misericordia. En este mundo desterrados estamos, y como en víspera de Pascua y arrinconados; el cielo es nuestra tierra, y nuestra fiesta, y nuestra anchura; y por eso, como quiera nos pasaremos aquí, para que cuando aparezca la gloria de Dios, *aparezcamos nosotros en gloria* (Col., 3, 4), y celebremos aquella alegre Pascua con tantos ciudadanos que aquí primero celebraron la vigilia.

3. Señora, dé gracias a nuestro Señor, que la trata como trató y ha de tratar a sus muy queridos. Que a su Unigénito Hijo, que es la principal piedra, mire qué de golpes le dieron, que le labraron de pies a cabeza; y aquellos golpes también le lastimaron a la segunda piedra del cielo, que es la Virgen nuestra Señora; y así conforme al asiento que a cada uno han de dar, así aquí ha de ser labrado. Y si esto conviene aun en los justos, ¿qué diremos los pecadores, sino bajar la cabeza y decir: Señor, poco me castigas para según yo merezco? Poco es todo lo que yo puedo pasar, aunque todos los trabajos yo solo pasase; porque quien el infierno merece, ¿qué pena de acá le debe parecer grande? Conozcamos, señora, que nos es Dios piadoso, aun cuando más riguroso parece; que cierto así es; pues a quien aquí castigare, allá no le castigará, mas consolará; porque escrito está (Nah., 1, 9) que no juzga Dios una cosa dos veces. Todo lo que pasamos merecemoslo; mas es Dios tan piadoso, que por los azotes que nos envía, nos perdona los pecados, y nos los cuenta en servicio para darnos corona por ellos. Y pues los trabajos de acá excusan el purgatorio, y hacen ganar el cielo, ¿quién no los amará cuando vienen, y aun pedirá a Dios más y más de los que tiene, y estará triste cuando no los tiene? Quien a Cristo y a su reino conoce, no tiene en este mundo compasión de sí; porque tanto más cree ser apto a Él cuantos más trabajos pasa por Él. Y así decía aquel amoroso Ignacio: «Fuego, cruz, fuerza de bestias, cortamiento y apartamiento y quebramiento y destrucción de miembros, y destruimien-

to de todo el cuerpo, y los azotes del diablo; todas estas cosas vengan sobre mí, porque yo merezca alcanzar a Jesucristo. Ninguna cosa me aprovecharán las cosas de este mundo, ni el reino temporal. Mejor me es morir en Cristo, que reinar en los fines de la tierra.» Estas cosas dice aquel Santo, como quien conocía y amaba a Jesucristo, y veía cuán bien empleado es todo por le ganar.

4. De esta manera, señora, se esfuerce vuestra merced a padecer purgatorio de sus pecados. Y aunque no hubiera pecado, se había de esforzar a pasar trabajos por el puro amor de Jesucristo, que por ella tantos pasó sin haber hecho por qué. Y así se lo diga, que aunque ella lo debe, que lo quiere pasar por amor de Él, como si no lo debiera; y conforme a su corazón, así lo recibirá el Señor, como empresa que vuestra merced trae por amor de Él. En los amores de acá otras empresas se dan; mas en los de Dios el padecer es la empresa. Y quien no es fuerte a padecer mucho, no diga que ama a Cristo mucho, porque no hay amor sin dolor acá. Espero en Dios que, así como acá le da dolores y trabajos, en el otro mundo le tiene guardado descanso. Aunque harto galardón es padecer por tal Señor; y así como ninguna cosa hay tan para desear en la otra vida, como gozar con Cristo, así no la hay en esta otra tal, como padecer con Él y por Él. Sufra de buena gana, pues que ha de ser coronada; que los trabajos que pasa le vienen para ganar corona.

99.—A UNA SEÑORA

Afligida con trabajos, exhortándola a sufrirlos con confianza en el Señor.

Aunque los temores aflijan mucho, este consuelo puede vuestra señoría tener, que son temores vanos, y que no tiene por qué tenerlos.

Y en esto verá quién somos; pues cuando andábamos sin respeto ni temor de Dios, no temíamos; y cuando tenemos algún respeto a Él, no nos podemos valer de temores, habiendo de ser al revés; pues al que no teme a Dios le están hechas amenazas graves, que son para hacer temblar a los muy altos; y al que teme a Dios le está mandado que se consuele y confie en la misericordia de Él, que está prometida a los que le temen.

En prueba está V. S., y por ese fuego ha de pasar, para que vea y entienda y toque con sus manos quien es, y quién sería, y se torne polvo y ceniza en sus ojos, y desconfíe de toda su habilidad y fuerza; y así pobre y llagada, ha de aprender a ser mendiga, importunando las orejas de Cristo, pidiéndole alguna limosna. No puede la vanidad de nuestra soberbia y propio aplacamiento ser curada, sino con dejarnos Dios en nuestras manos, para que así veamos quién es aquel de quien nos hemos enamorado, y de quien nos hemos contentado. Y cuando hubiéremos bien entendido quien somos, y huyéremos de nosotros como de pestilencia, y nos fuéremos a Jesucristo, pidiéndole nos favorezca contra nosotros, seremos de Él remediados.

Espere V. S. la cura, y cura con fuego, que por ella vendrá la salud. No se desmaye, no se canse. Sea ella su cruz; quizá algún día fué ella su ídolo. No se dé tanta prisa a sentir sus temores; que escrito está (*isa.*, 28): *Quien creyere no se dé prisa*. Porque nuestro Señor quiere que del todo nos sujetemos a su voluntad y la esperemos. Y como algunos no han andado camino de voluntad ajena, háceseles de mal cuando dan algún paso fuera de la propia. La suma (1) es que nuestro Señor quiere dejar a V. S. se vea y conozca, para que las mercedes que después le hiciere no se alce con la honra de ellas, mas tenga muy visto quién es, y quién sería si por Él no fuese. No se haga pusilánime, pues quiere servir a Dios; porque a los tales manda Él que tengan un león de esfuerzo en el corazón; y hacen afrenta a nuestro Señor los que le quieren servir y no se confían de Él. Y pues Él ha traído a V. S. estando ella lejos, no la dejará estando ya cerca. Quien a la ajena tomó por hija, no dejará a la que ya lo es; y ésta sea su prenda de lo que hará, el mirar lo que ya ha hecho.

Y no me falta deseo de ir por allá; mas si vuestra señoría quiere mirar esto que aquí digo, creo sentirá alivio: y sirva a nuestro Señor con buen corazón, y sentirá el remedio; que en Él está.

(1) *La suma*: el resumen.

100.—A UNA SEÑORA.

Que es gran merced de Dios sentirse amada de Su Majestad en las contrariedades.

Como cuando los padres oyen comenzar a hablar a sus hijos pequeños se alegran mucho, aunque la palabra no vaya muy bien pronunciada, porque aquélla les da esperanza que el niño hablará perfectamente adelante, así me ha acaecido a mí con la carta, oyéndole decir a V. S. que en no tener habilidad para hacer un examen no se desconsolaba, sino entendía que nuestro Señor le quería mostrar la inhabilidad que ella tiene de sí, y que era para bien de ella, y se consolaba con ello. A Dios gracias, señora, que hablan los niños, que hablan los mudos, que entienden los tontos, y cuanto más V. S. quisiere. Otra vez gracias a Dios, del cual sólo viene esta merced, que uno se sienta amado cuando en lo exterior parece desfavorecido.

Siga esta vena que Dios le ha mostrado, y cave hasta que llegue al cabo: y en todo lo que no hallare lo que desea, entienda que le quiere Dios enseñar cuán poco puede V. S. de sí, ni aun sabe lo que le cumple. Y esté toda puesta en las manos de la misericordia de Él, tomando lo que le diere con hacimiento de gracias, ahora sea pan, ahora sea piedra, entendiendo que todo es para bien de ella. Y con esta receta podrá oír los sermones, y podrá hacer todo lo demás con contento de nuestro Señor. Ponga ella su pobre caudal, y espere de nuestro Señor lo que le cumple; y aquello piense que le cumple, que Él le envía.

Plega a su inmensa bondad abrir con gracia sus ojos para que vea cuánto tiene por qué desconfiar de sí propia, y cuánto para confiar en el Padre de las misericordias, que, por remedio de los viles esclavos, dió el propio Hijo. En aquellas entrañas que tal hazaña hicieron encomiendo a V. S., y en ellas procure morar y acudir en todas sus cosas.

101.—A UNA SEÑORA

Que se habia consagrado a Dios; avisale que sea agradecida a Su Majestad.

Ya habrá vuestra merced entendido cómo, entre las cruces que nuestro Señor quiere que llevemos, es una el no poder ayudarnos uno a otro a llevarla, aunque lo deseemos; y pues nos hemos ofrecido a su voluntad, conviene que en todo, sin sacar nada, la adoremos y abracemos en nuestro corazón, para que así con su gracia ganemos merecimientos de vida eterna, y hagamos lo que debemos a la obediencia de tan gran Señor y piadoso Padre. Lo cual he dicho por el no escribir tanto a vuestra merced.

Mucho se alegró mi corazón en el nuevo deseo del espiritual matrimonio con el celestial Rey (1); y muchas gracias se deben dar a tal bondad, que así ha llevado a vuestra merced poco a poco, hasta subirla a la dignidad de esposa, que es la de mayor honra y amor que hay. Y porque con tanta alteza no se desvanezca la cabeza, le avisan que sea humilde con Dios y con los hombres, y así yo se lo he avisado en las cartas días ha.

Para con el Señor traiga vuestra merced en su memoria aquello de Abraham (*Gen.*, 18, 27): *Hablaré yo al Señor Dios mío, aunque sea yo polvo y ceniza.* Téngase por una pequeña hormiga que está sobre la tierra, y que la sacó la piadosa mano de Dios de los infiernos, do ella por sus pecados merecía estar; y ande cargada con el peso de los beneficios de Dios, dándole el tributo y alabanza y gracias que ella pudiese, por no caer en el mal vicio de la ingratitud. Porque cuando Dios descarga a uno de sus pecados, cárgale con obligación de le dar gracias y de le servir como a Señor, de cuya mano tanto bien ha recibido. Y también traiga en su memoria la palabra de nuestra Señora (*Lc.*, 1, 38): *He aquí la esclava del Señor*; y por tal se tenga, pues de su parte es esclava, y mala esclava, y toda su honra es Dios, y así le llame. Conviénele, señora, ser rica en amor; pues que como el Señor dice (*Malach.*, 1): *Si Yo soy vuestro Señor, ¿qué es del temor que me tenéis? y si soy*

(1) Parece aludir al voto de castidad hecho por persona seglar.

*vuestro Padre, ¿qué es de la honra que me catáis? así dirá: Si soy vuestro Esposo, ¿qué es del amor que me tenéis? Esto, señora, le ha de pedir que le dé, para que ella se lo dé a Él; y con amor, le parecerá bien. y estará su ánima hermosa; y con amor, será rica en merecimientos; y con amor, se atará con nuestro Señor, como se atan acá los que se casan. Procure mucho de apurar su ánima de toda cosa que no es Dios; y si algunas faltas hiciere, límpielas luego con la vergüenza y dolor, y con la confesión, para que siendo del Señor perdonadas, vaya adelante la hermosura de su ánima; la cual aunque los pecados veniales no la quitan, obscurecen la vivez del color del ánima, que es imagen de Dios; y por eso, y por otros daños que traen, debe procurar de huirlos cuanto en sí fuere, y abundar en buenas obras, para que, como dice San Juan (Apoc., 22): *El que es justo sea más justificado.**

Para con los prójimos tenga humildad, tenféndolos por más dignos de las mercedes de Dios que ella, y téngase por esclava de ellos. Reveréncielos en su corazón, y en lo de fuera según conviene al regimiento de la casa. Acuérdesse muchas veces de que el Señor lavó a sus discípulos los pies, y haga ella en su corazón lo mismo, y haga por ellos las buenas obras que pudiere con un amor entrañable, como a miembros de nuestro Señor, mirando lo que Él dijo (Mt., 18, 33): *¿No fuera razón que tuvieras misericordia de tu prójimo, como Yo la hube de ti?*

El voto que vuestra merced desea hacer, cese ahora; conténtese con los dos que tiene hechos (2); y en lo demás, guarde lo que dice San Pablo (1 Cor., 7): *Los que usan de este mundo, como si no usasen de él.*

Sea Dios su hacienda y riqueza.

102. — A UNA SEÑORA TRABAJADA.

Animándola a llevar la cruz.

1. La venida de vuestra merced sea muy en hora buena; y cuanto más trabajada, tanto venga más en hora buena; y cuanto menos refresco halló, tanto más en hora buena: que con estos tales golpes se fabrica

(2) Por el contexto parece indicar que cese el voto de pobreza.

la corona que vuestra merced busca, y se gana el amor del celestial Rey, del cual ella de su gana quiso ser cautiva. Ya sabe que no hay amor sin dolor, y mucho mayor en el de Dios, porque es más verdadero amor; el cual ha de ser probado con trabajos, como oro con fuego; y el que queda en pie aquél es el fino, y el que hace que el Señor diga (*Lc.*, 11): *Vosotros sois los que permanecisteis conmigo en mis tentaciones; Yo os dispongo el reino, como mi Padre lo dispuso a mi.* Crea, señora, por cierto que si, cuanto yo más trabajada la veo, más me parece que la amo, o a lo menos más tiernamente, ¿qué hará aquella divina Bondad, sino más y más querer a quien más ve padecer por su amor? Y esto entendía bien San Andrés cuando decía: «Tanto seré más acepto a mi Rey, cuanto por Él más padeciere.» Y esto desean todos los que a Dios desean; porque no en gozar con Él, sino en padecer por Él consiste nuestro amor.

2. Y pues vuestra merced ha vendido a sí misma, y cuanto tiene, por comprar esta joya, no se desmaye si le piden mucho por ella, que más y más vale; y señal es que se la dan, pues tanto le hacen pasar; que si no le dieran, no le pidieran; si no la tuviera el Señor en su amor, no la metiera en trabajos. En guerra está, tenga esperanza de la corona. La cruz le dan, confíe que le dan al que se puso en ella; que Él y ella casados son; y por eso está fijado con clavos, porque sepan todos que quien a ella tiene, tiene a Él, y quien a Él quisiere llevar, ha también de llevar a ella; porque *a los que Dios juntó, el hombre no los aparte* (*Mt.*, 19, 6). Consuélese, pues, vuestra merced en sus peregrinajes y trabajos, y hágales rostro de sierva de Cristo, que pues tiene la esposa, que es la cruz, no se le negará el Esposo, que es el Crucificado. Y sea por donde Él quisiere, o como Él quisiere, ¿qué se le da a ella, si Dios es así contento? Ya se dió a Él, no conviene tornarse a tomar. En el punto que deseó su amor, se obligó a ser mártir de él. No le pese por pasar mucho por el Señor; que no es pequeña honra del caballero ponerle su rey en los pasos de mucha afrenta; y cuando los otros duermen. que él vele; y cuando están sin armas comiendo y holgando, que esté él armado y en pie, y si es menester derramando la sangre. Mas esto tiénelo él por una grande merced, porque es señal que el rey tiene de él mucha confianza, pues le pone en mayores trabajos que a otros.

3. Conviene, señora, que dé buena cuenta cada uno de lo que el Señor le ha encomendado; y que a quien le ha puesto en más peligrosos y trabajosos trances, no se tenga por más desdichado, mas por más amado. Y si viere a otros estar en paz, y a sí mismo en guerra, no se aflija ni desee trocar su suerte por la ajena; mas que sea agradecido a quien le tuvo por fiel para le encomendar mayores trabajos; y espere de la mano de quien le trabaja corona copiosa de todos ellos. Que si el hombrecillo es fiel a Dios en llevar con fuerza de amor la carga pesada, ¿cuánto más será Dios fidelísimo en galardonar a su caballero? Este galardón le está, señora, guardado, que es el mismo por quien trabaja. Aparéjese a pasar más por Él, que mucho más y más merece que se pase por Él. Y sepa que a ninguno engañó, que de Él se fiase. Los Profetas *andaban por los montes y cuevas, necesitados, angustiados, afligidos* (Hebr., 11), y muchas veces mofados de los hombres, y abofeteados y muertos; los Apóstoles y mártires desterrados de sus casas, tierras y parientes; desconocidos de sus amigos y perseguidos de todos; encarcelados, en frío, desnudez y hambre y peso de las cadenas; azotados, apedreados, deshonrados y hechos como un poco de estiércol en los ojos del mundo; y así fueron preciosos en los de Dios, y fueron tenidos por amigos de Él, y gozan ahora de Él. Y pues que a Dios le va por juramento que *no tendrá parte en Él quien no toma su cruz y le sigue* (Mt., 10), más razón hay de haber compasión de los que viven sin trabajos, pues no gozarán del descanso, que tomar pena de los que nos vienen. No es posible descansar aquí, y allá poseer a Dios, y vivir a nuestro querer.

4. A pospelo hemos de ir de todo lo presente para alcanzar lo que está por venir. Y más me alegro de ver el camino tan cierto por donde el Señor la ha llevado y lleva, que si la viera llena de consolaciones. Señora, no es quienquiera el Señor a quien ama; no haga cobarde la recuesta de su amor, por el cual hombres y mujeres, viejos y mozos tantas cosas pasaron. A Dios creyó, de Dios se fió, a Dios amó, a Dios busca, y por su amor pasa lo que pasa: si le duele, mire la causa del padecer, y hallarse ha dichosa en el padecer por tal Señor. *Gózanse los Apóstoles de ser azotados por el nombre de Cristo* (Act., 5); gócese vuestra merced en lo que pasa por Él, que si bien agradece estas mercedes, Dios le dará otras mayores. ¿Qué

piensa que es ya la guerra acabada? Esfuércese, que mientras más creciere en amor, más carga le han de echar; y pues no la quiere el Señor. para pequeños bienes, no le han de costar pequeños trabajos.

5. Abaje su cuello al yugo del Señor, y a ojos cerrados vaya tras Él. No quiera *comer del árbol de la ciencia de bien y de mal* (*Gen.*, 2), parándose a mirar lo mucho que padece, y que fuera mejor ir por otro camino: que si a esto abre sus ojos, todo irá perdido, y luego desmayará, y se le andará la cabeza alrededor, como acaeció a nuestros padres primeros, que por comer del árbol de la ciencia, perdieron de comer del árbol de la vida. Señora, no cure de su propio juicio, sino viva en fe; no escudriñe, sino a ojos cerrados fíese de Dios; cate que en la hora que quisiere ella aquesto o aquello, sale de la obediencia del Señor, el cual quiere que con perfecta sujeción nos sujetemos a Él, sin preguntarle por qué nos lleva por tal o tal camino; sin murmurar de Él por qué nos sacó de Egipto y trajo a desierto de tanta aspereza y amargura. Conviene al hombre tornarse ciego y más que ciego, por seguir a Dios; tornarse necio para seguir al que todo lo sabe. Y la sabiduría de los santos consiste en negar su parecer y su voluntad, y seguir a ojos cerrados la de nuestro Señor. Y si alguna vez les venía su propio juicio a decir: «Recio camino es éste, errado va, mejor fuera por aquí o por allí», desechaban este pensamiento como habla de la serpiente que preguntó a Eva (*Gen.*, 3): *¿Por qué os mandó el Señor que no comiédes de este árbol?* A lo cual si ella respondiera: «Yo no soy juez, para juzgar los caminos de Dios, sino sierva, que ha de obedecer su voluntad con santa simplicidad», no cayera en lo que cayó.

Señora, no consienta a su juicio que pregunte nada de lo que en ella el Señor hace. No le diga que la lleva por desierto espantable; mas con entera fe adore lo que Dios quiere, y sin entender por dónde la llevan; que el que está en los cielos y la ama, sabe el cómo y por dónde; y lo que Él envía, eso conviene; y le dice desde allá: *Ese es el camino, camina por Él* (*Isai.*, 30, 21). Ya sabe de cuánto tiempo está avisada; no se le haga de nuevo lo que conoce de Dios que quiere que pase. Él lo quiere, Él sea bendito, que en todas las cosas la quiere probar; no deja acíbar que no le da, para hacerla muy agradable delante sus ojos; y cuanto más martillada, más reluciente; y

mientras más extranjera, ciudadana. Y por el desconsuelo presente, le ha de dar muy grandes consuelos.

Cristo sea luz y esfuerzo, y consuelo de su ánima. Amén.

103.—A UNA SEÑORA

Que le preguntó qué haría para ser muy santa. Respóndele que se dé a la humildad, y al amor de Dios y del prójimo.

Las cartas de vuestra merced he recibido, y aunque no respondo a todas, no deje vuestra merced de preguntarme lo que quisiere, si quiere ser muy santa como dice; porque lo otro ni es de humildes, ni obedientes, y, por tanto, no es de santos.

Lo que vuestra merced ha de hacer para ser muy santa es, lo primero, tenerse por muy mala, y tener a Dios por muy bueno, del cual sólo es hacer a los malos buenos, y a los buenos mejores, ayudándose ellos de sus favores que da. Conviene, señora, ser muy leal a nuestro Señor Jesucristo, para darle toda la gloria del bien que tenemos; porque si en ésta le tocamos, en la niña de los ojos le tocamos, y quedarnos hemos sin honra y sin bien.

Item, conviene amarle mucho, para tener mucha santidad; porque el amor hace la santidad; y quien más ama, más santo es. Y pruébase este amor ser verdadero en guardar las palabras de Dios, y en padecer cruz por Él; y mientras más dura y seca, tanto más se parece (1) el amor de quien la lleva.

Item, se prueba el amor en el propio desprecio y propia abnegación, como el Señor dice, que *quien quiere ir tras Él, se niegue a sí mismo* (Mt., 16, 24). Gran enemigo de su propio parecer y de su propia voluntad es el que a Dios ama mucho, y agradece mucho a quien le ayuda a vencer estos enemigos con contradecirle y darle enojos. Y hasta que uno tiene este celo de Dios contra sí mismo, vengándose de sí con la penitencia que puede, y holgándose que otros venguen a nuestro Señor de él, poco ha caminado en el camino del perfecto amor de nuestro Señor, el cual hace santamente aborrecerse a sí mismo, para de verdad amar al Señor y a sí mismo.

(1) *Se parece*: se muestra.

Item, la prueba del perfecto amor de nuestro Señor es el perfecto amor del prójimo, el cual crece como crece el de nuestro Señor, y hace al que lo tiene tan uno con todos los prójimos, como son los miembros de un cuerpo; y de aquí nace la oración cuidadosa por todos, y el hacer penitencia por ellos, si puede.

Sea Cristo su amor para siempre.

104.—A UNA SEÑORA AFLIGIDA.

Cuán gran merced de Dios es hacernos mártires de su amor.

Dilatado he la respuesta de la carta de vuestra merced, esperando tener alguna mejor disposición, para con mejor aparejo pedir a nuestro Señor la respuesta que vuestra merced ha de responder a Él; y como todavía dura mi indisposición, parecióme no esperar más, porque no es justo dilatar la respuesta mucho tiempo a tan gran Señor, pues en sabiendo su voluntad, es razón que le demos la nuestra.

Ya vuestra merced ha oído de mí muchas veces que el mayor favor que en este mundo Dios hace a los suyos es padecer por amor de Él. Y esta merced es tan grande, que por tal la concedió el eterno Padre a su amantísimo Hijo, y el Hijo la concedió a los muy amados de Él, honrándolos con hacerlos semejables a Él, y dándoles prenda, que pues los hace semejables en el padecer, los hará también en el reino. Y así, señora, vuestra merced se debe tener por indigna de tal misericordia, y agradecerla de todo corazón al Señor que la hace, y acordarse de aquella palabra que la Sacratísima Virgen María dijo (*Lc.*, 1): *He aquí la sierva del Señor; sea hecho en mí según tu palabra.* Y cuando David envió a decir a aquella buena y prudente mujer Abigail! que la quería tomar por mujer, ella, conociéndose por indigna de tal dignidad, respondió (1 *Reg.*, 25): *He aquí tu sierva para lavar los pies de tus criados.*

Téngase vuestra merced por esclava, que de su voluntad se ofrece a servir a su Señor y sus siervos en cualquier cosa que Él mandare, honrosa o deshonrosa, de descanso o de pena, de vida o de muerte. Y un día, cuando quiera comulgar, diga al Señor con reverencia y amor: Señor, yo no soy digna de padecer

por vuestro amor; mas pues vuestra Bondad esta merced me ofrece, yo la recibo y la consiento, con que Vos, Señor, con la misma bondad me deis la fuerza para llevar vuestra cruz para gloria vuestra, pues conoceis mi flaqueza. Y luego diga: *En vuestras manos, Señor, encomiendo el espíritu mio (Lc., 23, 46)*. Y reciba a su Señor con mucha confianza, que le dará esfuerzo para padecer lo que le enviare; y vuestra merced procurará pedir oraciones para lo mismo

Nuestro Señor la haga mártir de su amor.

105.—A UNA SEÑORA MUY AFLIGIDA.

Alíentala a la batalla, poniéndole delante las razones que tiene para confiar en el Señor.

1. La gracia y consuelo del Espíritu Santo sea con vuestra merced siempre.

Alguna pena tengo de no haber recibido carta o encomiendas de vuestra merced; porque temo que lo impide, no el olvido, mas alguna grande tribulación. procurada por el demonio para hacerle mal, y permitida por nuestro Señor para hacerle bien. Y tanto más creo que es ésta la causa, cuanto mas creo que ha de poner ahora todas sus saetas el adversario para turbar la paz y salir con alguna ganancia; por lo cual conviene, señora, que a la mayor guerra ponga mayor resistencia, y la persecución no le sea causa de desmayo, mas espuelas para mas encomendarse a nuestro Señor, y íreno para más regidamente vivir. Que ya sabe que no hay otro mejor camino para agradar a Dios, sino aqueste de los trabajos. Y ya sabe que quiere que los suyos no piensen que están de Él olvidados, aunque estas cosas les vengán; mas que *contra esperanza esperen (Rom., 4, 18)*, y puestos los ojos en Él lo traspasen todo. Y aunque sientan dentro de sí disfavor y *respuesta de muerte*, la confianza les esfuerce y profetice que les ha de librar el Señor con mucha ganancia.

2. El Apóstol dice (2 Cor., 1): *Hágoos saber, hermanos, la tribulación que pasé en Asia, que fué sobremanera, y fué sobre mis fuerzas, tanto que me daba fastidio el vivir, y dentro de mí tenía ya respuesta de muerte; mas esto fué para que a no conjiemos en nosotros, mas en Dios, que resucita a los muertos, el cual nos libró de tan grandes peligros, y en el cual*

esperamos que nos libraré, ayudándonos vosotros en la oración. Señora, pues mire si es razón que nos quejemos los pecadores de ser tratados como lo fueron los grandes amigos de Dios, y que huyamos de lo que purga nuestros pecados, y nos hace hábiles para recibir la corona del reino de Dios. Sepa, señora, que le conviene tener guerras grandísimas, y vida que le parezca muerte, y un puro traslado del purgatorio, para que así entienda cómo trata Dios en esta vida a sus escogidos, uno de los cuales vuestra merced puede confiar que es, a gloria de Dios. El Apóstol dice (2 Cor., 4): *Cada día somos traídos a muerte por amor de Jesucristo.* Y en otra parte (2 Cor., 12, 8) suplicó al Señor *que le quitase la tentación del demonio que le atormentaba mucho;* y oye que le responde Cristo *que bien está así, y se contente con que esta en su gracia.*

3. Por tanto, señora, no se derribe con flaqueza, ni desmaye por las grandes guerras; que este Señor que las permite la sacará victoriosa. No suelen los marineros dejar perder las naos ya que las tienen en el puerto o cerca y con buen tiempo, habiendo pasado primero muchos trabajos con ellas en el tiempo de la tempestad y en medio del golfo. Y tampoco dejará nuestro Señor perder la ánima que, estando en golfos tan peligrosos, la guardó, y no permitió que se sumiese en los infernales tormentos, mas sacóla con tanta muchedumbre de maravillas, que dan esperanza que no desamparará hasta el fin a la que tanto amor ha mostrado en los principios y medios. ¿Adónde está, sierva de Cristo, vuestra confianza, si después de tantas prendas de amor, aun desconfiáis ser amada? ¿Es, por ventura, el Señor semejable a los que enseñan amor y no lo tienen? Antes cierto, es tan amador, que aun cuando de fuera parece que castiga y desama, entonces ama, y más ama. No sospeche vuestra merced enemistades, que en verdad no las hay. El Cordero bendito pagó nuestros pecados, y nos ganó la bienquerencia del Padre. ¿Qué causa hay de desconfianza donde tal Redentor y Medianero tenemos? Si mi dicho valiese, diría que creo muy creído de la bondad de aqueste Señor, que así como por Sí mismo sin nuestros merecimientos sacó esa ánima de sus ofensas, así por Sí mismo la ha de guardar entre todas las guerras, y llevarla hasta su presencia en el cielo, no obstante sus faltas y ruindades, pues son veniales, y le da dolor de ellas. Él hará como quien

es. y mirará a sus llagas que en las manos tiene, y no sólo a las obras de nuestras manos, y a los pensamientos de nuestro corazón; porque Él guiará como estemos en pie, o nos levantará después de caídos; mas a gloria suya coronará a la que pelea, y alegrará a los que la aman.

4. Humíllese mucho a Dios y a los hombres; que no hay otra arte para escapar de los lazos del demonio, sino ser chiquito, porque David dice (*Ps.*, 114): *El Señor guarda los chiquitos: humílleme yo, y libróme Él.* Arnese mucho de paciencia, pues lo que sufre lo sufre por Dios; y no se enoje por mucho que dure la guerra, porque suele el demonio ser importuno por vencer con sola importunidad. Y si no sintiere el ánimo cual desea, preséntela a este Señor, que es Médico de ellas, y espere con largueza de corazón su medicina. *Él* vendrá, cierto, y entrará en su ánimo, y mandará a la mar que sosiegue, y le reprenderá de poca confianza (*Mt.*, 8, 26), y le abrazará con mayor suavidad que antes ha sido la amargura.

Acá no hay olvido ni descuido en la encomendar a nuestro Señor; espero de Él que oirá las oraciones de los pobres.

Él sea alegría de vuestra merced en el cielo, y aquí esfuerzo para mucho padecer por Él, como yo lo deseo.

106.—A UNA SEÑORA VIUDA.

Consolándola en la muerte de su marido y animándola a llevar su trabajo.

1. Dilatado he el escribir a vuestra merced, creyendo que mi carta será poca parte para aliviar la gran tristeza que me dicen que vuestra merced tiene; y tenía por mejor acuerdo hablar con el Señor del consuelo, encomendándole a vuestra merced, que hablar con ella por cartas. Y como con tanta instancia se me han pedido, que me da testimonio del mucho deseo que de ellas se tiene, y porque el Señor es poderoso de hacer lo que quisiere mediante unas letras muertas, quise hacer lo mandado y lo debido, suplicando al Señor nuestro sea Él servido obrar en el corazón de vuestra merced el consuelo que yo le deseo.

Querido ha nuestro Señor que vuestra merced pruebe a qué saben las angustias que en este valle de lágrimas se suelen coger, y no de cualesquiera, sino de

las más principales. Sea su nombre bendito, sus juicios adorados, su voluntad cumplida; pues lo que debe criatura a Criador es toda reverencia y sujeción, no sólo en lo placentero, mas en lo que mucho duele. Y por probar Dios esta obediencia nos suele herir en lo que más delante de nuestros ojos luce, para que entendamos que por el Señor grande, grandes cosas hemos de hacer y de padecer. Grande amor tenía Abraham a su hijo Isaac, y en aquél le quiso Dios probar (*Gen.*, 22). Grande lo tenía Job a sus siete hijos, y en un día se los llevó Dios (*Job*, 1). Y así suele hacer a todos los que ama, porque por esta vía ellos declaran el amor que tienen a Él, y Él tiene ocasión de hacerles grandes mercedes.

Bien entiendo, señora, que la carne no entiende este lenguaje, y que solamente se ocupa en sentir su dolor y pérdida, sin tener cuenta con otras cosas. Mas si Dios en nosotros está, hemos de refrenar su sentimiento, y hacerla obedecer a la razón y voluntad del Señor. Y aunque mucho duela, no la hemos de dejar salir con la suya; mas acordándonos de la angustia de nuestro Señor, que le hizo sudar gotas de sangre, y dijo (*Lc.*, 22): *Padre, no mi voluntad, mas la tuya sea hecha*, hemos de decir nosotros lo mismo, si queremos ser conocidos por discípulos suyos; pues a ninguno conoce por vasallo en la tierra ni por compañero en el cielo, si no llevare a cuestras su cruz (*Mt.*, 10) y le siguiere como oveja a pastor, aunque le cueste la vida.

2. Dígame, señora ¿de qué nos podemos quejar en nuestros trabajos, pues en ellos son nuestros pecados deshechos, y nosotros semejables al Hijo de Dios? Porque ¿qué desacato tan grande será no querer pasar los esclavos por la ley que pasó su Señor, y los hijos adoptivos por la que pasó el natural? ¿Quién más amado, que el mayorazgo de Dios Padre? ¿Y quién más penado de diversas penas, que Él? *Varón fué de dolores, y que supo trabajos* (*Is.*, 53); y si se pueden contar las gotas de la mar, podránse contar sus angustias. Pues ¿páresele que es razón que siendo el Hijo de Dios angustiado y *entristecido hasta la muerte* (*Mt.*, 26), pasemos nosotros sin beber con Él hiel y vinagre? ¿Adónde está la vergüenza, si le queremos dejar padecer a solas, y gozar con Él en su compañía? Desengáñese toda criatura, y sepa que si el Rey del cielo *entró en su reino por tribulaciones* (*Lc.*, 24), por aquel mismo camino hemos nosotros

de entrar. No hay otro camino sino Jesucristo, y éste crucificado; y quien otro buscare, no lo hallará; y si por otro caminare, perderse ha, y verá que aunque es cosa desabrida padecer aquí, que lo es más padecer en la otra vida.

3. ¡Oh ceguedad de los hijos de Adán, que no tienen cuenta con lo advenidero, con que en lo presente les vaya bien! No miran lo que les aprovecha, sino lo sabroso; no a razón, sino a pasión. Y por esto se lloran cuando se habían de llamar bienaventurados, y se gozan cuando se habían de llorar. ¿Qué es toda la presente prosperidad, sino un humo que poco a poco se va deshaciendo, hasta que no se ve cosa de él. ¿Y qué son los años de nuestra edad, sino un breve sueño, que recordando (1) de él, nos hallamos burlados, y en teniendo un trabajo, por chico que sea, nos hace olvidar los placeres pasados, y aun danos pena de haberlos pasado? Pues si tanta inestabilidad hay en esto, ¿por qué no buscamos lo otro? Y pues vemos faltarnos esto de entre las manos cada día, ¿por qué no buscamos aquello que de verdad dura, y hará durable nuestra bienaventuranza?

Señora si hasta aquí hemos tenido ceguedad en los ojos, abrámoslos ya. Y si la prosperidad nos decía que en este mundo había algo de que contentarnos. *la hiel* de la tribulación, *puesta en nuestros ojos*, dénos luz para ver que somos en este mundo verdaderamente miserables, y que no estamos en nuestra tierra, mas en muy penoso destierro; y alzando nuestro corazón al cielo, sea nuestra conversación allá. Este es el fin por que el Señor ha azotado a vuestra merced, para que más y más tenga cuenta con Él, cuanto menos tiene sobre la tierra con quien tenerla.

4. No piense que se deleita Dios en sus penas; y pues es misericordioso, duélese de sus lágrimas; mas quiere ponerle esc acíbar que tanto le amarga, para que despedido el corazón de todo humano consuelo, en sólo Dios ponga su arrimo. Quitádole ha Dios. mas es para darle, porque así lo suele hacer. Viuda la ha hecho, mas es para ser Él marido de vuestra merced, pues su nombre éste es, el *Padre de huérfanos* (*Ps.* 67). Muchos trabajos se le ofrecerán en su viudez, y en muchas cosas echará menos al que las remediaba; y en muchos hallará poca ayuda y poca fidelidad, y menos agradecimiento; mas en todas estas cosas quie-

(1) *Recordando*: despertando.

re Dios que recurra a Él, y platique sus penas con Él, y como con verdadero Padre descanse con Él. Y si de corazón le llamare y de sus manos se fiare, cierto, hallará refugio en todas sus penas y guía en sus caminos; y muchas veces, sin saber cómo ni por dónde, hallará sus negocios hechos muy mejor que ella pensó; y entenderá entonces cuán amigo es Dios de atribulados, y cuán de verdad mora con ellos y procura por ellos. Y si alguna vez no diere a vuestra merced lo que ella desee, será por darle lo que le cumple: que este celestial Médico así lo suele hacer con los que con Él se quieren curar, que mira más con lo que han de sanar, que con lo que les da sabor al paladar. Vuestra merced no se aparte de sus manos y cura, aunque mucho le duela. No le pida que se haga lo que ella quiere, mas lo que Él. Sus armas sean oraciones y lágrimas, no perdidas por lo que el Señor le quiso llevar, mas vivas porque el Señor quiera a él perdonar, y a ella salvar.

5. ¿Qué aprovecha, señora, la demasiada pena que me dicen que toma, sino, tras la pena que tiene, añadir también culpa? ¿Ahora sabe que como no tenemos licencia para vanamente reír, tampoco para demasiadamente llorar? Sino que en uno y en otro hemos de estar obedientes a la santa ley de nuestro Señor. ¿Qué se queja, señora, qué se queja? O es pecadora, y es purgada con este trabajo, o es justa, y es probada para ser coronada. Lo uno o lo otro que sea, conviene hacer gracias al Señor muy de corazón, y entender en amar *el fin del castigo*, aunque la medicina sea desabrida. Que esto nos quiso decir la Escritura, que cuenta *haber Esther (5) besado el cabo de la vara del rey Asuero*. No se le pase, por amor de Dios, el tiempo en hartarse de llorar; mas entienda ya en alzar su corazón al Señor, y aparejarse ella para este paso por donde se ve a otros pasar.

Basta ya, señora, basta ya la fiesta que a la carne se ha hecho; enjugue ya sus ojos, porque no se pase el tiempo en llorar muerte, pues le es dado para que gane la vida. Acuérdesse que el Señor echó fuera de casa a los que lloraban una moza muerta, diciendo (*Marc., 9*): *Que no era muerta, sino que dormía*; porque entre cristianos el morir no es sino dormir, hasta el día del despertar a tomar nuestros cuerpos, para reinar con Cristo en cuerpo y en ánima. Y piense vuestra merced que por quien llora no está muerto, sino duerme, y sueño de paz; pues vivió y murió como

buen cristiano. ¿Qué le pesa a vuestra merced tanto, porque a quien amaba lo sacó el Señor de este lugar tan miserable, y lo llevó camino de salvación? Y si le dejó trabajos, tómelos de buena gana, porque él vaya a descansar. Y si mucho siente su ausencia, consuélase, que presto le irá a ver; pues nuestros días tan cortos son, y tan poca ventaja nos llevamos en el morir. Entienda que el Señor se lo llevó porque estaba bien aparejado, y a vuestra merced dejó para que bien se aparejase.

6. Y pues en el estado de casada sirvió a Dios en alegría, sírvale en la viudez en paciencia y en trabajos; que si allí ganaba treinta, aquí sesenta; y tendrá una vida, si no sabrosa, a lo menos provechosa para purgar sus pecados, para imitar al Crucificado y para ganar muy de verdad su reino eterno. Y para todo esto debe pedir gracia al Señor con oraciones y lágrimas, y debe usar leer algunos libros devotos, y recibir el celestial pan del Santísimo Sacramento, y levantar su corazón caído, y caminar: que para llegar al cielo *largo camino le queda*; y si allá ha de entrar, no será éste el postrero trabajo que ha de pasar; porque es de tanto valor la joya que espera, que es Dios, que por mucho que cueste, nunca fué cara; y pues vuestra merced la ha de haber, gócese con la esperanza, y no se queje con el trabajo, mas diga: Tanto es el bien que espero, que no siento los males que tengo. Todo lo cual haga Jesucristo en vuestra merced, amén, como yo se lo suplico y deseo.

107.—A UN SU AMIGO.

Consolándole en la muerte de un hijo único.

Sea nuestro Señor bendito por todo lo que ha hecho, pues allende de haberse cumplido su santa voluntad, lo cual debe ser al cristiano grande alegría, ha hecho muy grande merced a nuestro hermano, e hijo vuestro, en alzarle el destierro que en este mundo padecía; y llevarlo a su propia tierra, que es la vista del mismo Dios. No conviene, y por ninguna vía conviene, que los que le amábamos estemos de esto penados, pues el amor verdadero, bienes verdaderos ha de desear a quien ama, y gozarse cuando le vienen; y estos tales no los hay en este mundo, aunque todos juntos a uno se den. Gocémonos, pues, en el

Señor, que multiplicó su misericordia con nuestro amado, y por medio de quitarle una vida transitoria, y que no tiene más de vida que el nombre, lo llevó a la que de verdad lo es, y eternalmente.

¿Qué pudiérais vos, hermano, con ser su padre, desearle ni buscarle que tan bien le estuviera, como lo que el celestial Padre ha hecho con él? Hale sacado de la peligrosa guerra de este mundo, y llevádole a la tierra de paz, donde goce de las victorias que aquí ganó contra los pecados, que son los enemigos de Dios. Y pues quien tiene corazón del mundo se suele gozar cuando su hijo es prosperado en los bienes del mundo, el padre cristiano que ha de tener corazón de cristiano, que es celestial, gócese con más razón con haber venido a su hijo un reino, que aunque no se vea acá, no por eso deja de ser verdadero, antes por eso más cierto y verdadero, porque no es a estos ojos visible. No penséis que se os ha muerto, pues no es muerto quien con Dios vive. No lo lloréis, pues él goza de la fuente perpetua de la alegría.

Y si a vos os hace falta con su ausencia, acordaos que los padres por el bien de los hijos suélenlos enviar a otras tierras, y con saber que están bien, sufren con paciencia y alegría la pena que la ausencia suele dar. Dad al Señor gracias que quiso tomar por siervo e hijo al que de vos salió, y lo quiso hacer su ciudadano en el cielo, y que vea su faz a cosa tan vuestra. Alegraos, que no estaréis ya congojoso qué será de mi hijo, qué le acaecerá, si ha de ofender a Dios, si ha de llevar hasta el fin el bien comenzado; pues ya han visto vuestros ojos que ha acabado su vida en servicio de Dios nuestro Señor, y le fué *fiel hasta la muerte*, y por eso le *ha dado corona de vida* según su promesa (*Apoc.*, 2, 10).

Bien acabado está este negocio; entended ahora cómo se acabe bien el que os queda, que es el vuestro, procurando de imitar en él al que en edad era menor. Si verlo deseáis, trabajad de ir al cielo, que allá lo hallaréis, y cierto sin ningún deseo de tornar acá. Y pues los mozos tan presto se mueren, no tardarán los viejos de ir; y por esto es bien darnos prisa a servir al Señor, como quien muy presto ha de ir a verlo. El Señor quiso que vuestro hijo fuese delante para que vuestro corazón no tuviese acá que amar, pues no tenía sino a él; y allá se fué vuestro pensamiento de va vuestro amor, para que muriendo a este mundo, viváis a las cosas del servicio de Dios,

y os sea grande ayuda para ello vuestro hijo muriendo, como lo era viviendo: lo uno llevándoos el corazón consigo, lo otro rogando al Señor por vos. Y pues tales favores tenéis, esforzaos a ello, para que allá os gocéis con él en el Señor, y del Señor en sí mismo, viendo su faz, adorando su Majestad, y poseyéndole eternalmente para su gloria y vuestro descanso.

Y entretanto será bien hacer algunas buenas obras por el difunto, porque si alguna cosa le detiene en purgatorio, el Señor se la suelte.

Sea Cristo vuestro consuelo. Amén.

108.—A UNA SEÑORA

Que padecía trabajos, animándola a llevar su cruz con la esperanza del premio.

Sí, señora, sí sé que vuestra merced está en cruz, y no a solas; que no pienso yo que nuestro Señor la ama tan poco, que la quiera tener lejos de Sí. Su cama, señora, y su mesa, la cruz fué; en ellas ha de poner a sus amados, si lo quieren ser. Y no se turbe vuestra merced porque no hay cosa que le consuele, pues ha oído que el Señor dijo puesto en cruz: *Busqué quien me consolase, y no lo hallé* (Ps., 68, 21). Desamparado de su Padre dijo que estaba (Mt., 27, 46); y esto excede a todo nuestro desamparo, por mucho que sea, como también sus dolores exceden a los nuestros. Ténga[se], señora, firme en la cruz. No quiera descender de ella por descansar. Ofrézcase a la voluntad de Dios para que haga de ella su voluntad, sin que le resista. Déjese llevar de tan buen Padre adonde Él mandare, y diga como dijo Santo Tomás: *Vayamos, y muramos con Él* (Jn., 11). Mire que este negocio no es palabras, sino obras, y finos dolores y desamparos; y no tiene uno más amor, del que parece en el tiempo de la tribulación. Y cada cosa tiene su tiempo: aquí hemos de padecer con el amor, y hacer que abracemos la cruz; en el otro mundo nos hará gozar del mismo Dios. Sufra, señora, al amor su carga, que Él se lo pagará con mil tanto en el cielo. Y acuérdesese que se le ha ofrecido por sierva tantos años ha, y que no desdiga en el tiempo de la prueba, sino que le sea leal, para que por tal sea coronada en el cielo. No espere acá otra fruta, sino hiel y vinagre, y lo demás de la cruz; y mientras

más se le acercare la libertad eterna, más recios trabajos ha de pasar.

Mas ¡dichosa avenida de tormentos, que sacarán el ánima de tan penosa cárcel, y la presentarán delante su Criador limpia, hermosa, y pasada por fuego resplandeciente! No es esto cosa de carne y sangre, mas virtud del Señor, que da a los que se la sujetan, para que así como con flaquezas y tormentos Él venció y entró en su reino, así Él en ellos haga lo mismo, y los lleve consigo victoriosos y para siempre bienaventurados. Digale, señora, a su cuerpo y ánima: «Descansad en esta esperanza, y aquí no esperéis sino cruz, y es esto lo que os conviene.» Hágase en buen hora la voluntad del Señor en nosotros, que nadie nos quiere tanto como Él, y Él por su bondad nos pondrá en cobro. Esfuércese vuestra merced, y corramos nuestra carrera juntos, y llevemos nuestra cruz acá en la tierra, para que allá en el cielo nos gocemos juntos.

Dios sea con vuestra merced, como yo se lo suplico y deseo.

109.—A UNA SEÑORA ENFERMA.

Qué hará para conservar la paz del corazón.

1. A nuestro Señor gracias; porque con el crecimiento de enfermedades del cuerpo hace que crezcan mercedes en el ánima. Y si así ha de pasar, supliquémosle que «corte y queme», como San Agustín decía, porque en lo interior, y que ha de durar, nos enriquezca; pues todo lo que por tal joya como es Dios se diere y padeciere es muy poco, y de ningún valor, si no es por su gracia.

Lo que vuestra merced debe procurar es recogerse toda, y ser como vaso entero sin agujeros, para que el licor que nuestro Señor en ella echare no se salga por aquí o por allí. Los agujeros del corazón las afecciones son, cuando en otra cosa se ponen que no sea Dios o por Dios; y así conviene renunciarlas todas y trocarlas por el amor de Dios; que así como antes amábamos las criaturas por parentesco u otro respeto, ya no se amen sino por Dios y en Dios. Es esto un morir, y un resucitar: muerte a todo amor, mirando la criatura en sí, y resurrección mirando a la criatura en el Criador, o a Él en ella, que es lo que me-

por suele armar a los que siguen el recogimiento. Y he dicho esto porque no piense vuestra merced que quiere Dios ser Él sólo amado en sí y no en las criaturas; pues es cierto que dió dos mandamientos del amor, y entrambos se han de cumplir. Aunque el amor no es más de una virtud, por la cual amamos a Dios por Dios, y al prójimo por Dios y en Dios.

2. Conviene que vuestra merced traiga muy gran cuenta de guardar la paz y sosiego del corazón, por reverencia de aquel Señor que en él mora, que es tan amigo de paz, que se llama *Principe de paz* (*Isa.*, 9), y *pacífico* (*Ps.*, 119, 7), y aun *la misma paz* (*Mich.*, 5, 5). Y así ha de huir de toda congoja, temor, ira, desabrimiento, deseo con ahinco, tristeza demasiada, y alegría también, y vivir en una paz, en cuanto le fuere posible, que a cualquier rato que el Señor quiera visitarla, no la halle turbada ni inquieta. Y primero que hable o reprenda algo, encomiendese mucho a nuestro Señor para no turbarse; y no reprenda hasta que esté en paz. Y por eso se debe acostumar a mortificar cuando algún enojo o falta hicieren, y humillarse a recibirlo en venganza y satisfacción de lo que ha ofendido a nuestro Señor; y después de aprovechada ella, podrá aprovechar a otros, que éste es el fin de la corrección.

Esta paz se alcanza con estar confiada de nuestro Señor como de verdadero Padre, y con no tener voluntad ninguna más de la de Él, y ésta abrazarla con todas sus fuerzas, y gozarse y regocijarse en ella. Y hasta que halle un entrañable gusto en que se cumpla en ella la voluntad de nuestro Señor, aunque sea con trabajos, menosprecios, dolores y todo lo demás, por adverso que sea, no descansa ni piense que ha aprovechado en el camino de Dios. Y en sus mismos dones que le diere, su principal gozo sea porque Él se contenta, y por tener con qué más contentarle a Él.

3. Para el trato familiar con nuestro Señor, para el cual Él la llama, conviene mucho el recogimiento del pensamiento, y vivir dentro de sí. Y esto ha de ser con la mayor suavidad que pudiere; porque la humana flaqueza siente mucho que la encierren y no la dejen callejear; y por eso conviene poco a poco acostumbrarse a esto, unas veces entrando muy dentro de sí, y otras estando como ni dentro ni fuera: y si alguna vez salen de sí a mirar las criaturas, es para mirar a Dios en ellas, y nunca alejarse de sí

misma, sino traerlo luego al corazón, y allí, como abeja solícita, hacer su morada y su miel. Dejar del todo el cuidado de la casa, no entiendo que lo quiere nuestro Señor, mayormente no habiendo en ella a quien se pueda encomendar que tenga habilidad para ello. Mas mire vuestra merced a qué cosas se extiende la habilidad de N., y aquéllas le puede encomendar; y lo demás provéalo vuestra merced con todo el sosiego posible, y rogando a nuestro Señor que, con poco cuidado de vuestra merced, lo guie Él, pues obra sin congoja y sin trabajos.

4. Esto es lo que se me ofrece que decir para prosecución del camino por donde nuestro Señor la quiere llevar. Su misericordia suplirá lo que aquí falta con que vuestra merced sienta siempre de sí como de gran pecadora, y diga como San Pablo (1 *Cor.*, 15): *Yo no soy digno de ser llamado Apóstol, porque perseguí la Iglesia de Dios.* Acuérdesse un hombre de quién era él cuando vivía por sí, para que agradezca a Dios, cuando le da gracia para vivir en Él. Y porque me parece muy bien un hecho que hizo un hombre sabio a este propósito, se lo contaré; y fué que siendo rico y sabio y de linaje, se casó con una labradora de una aldea, no por afección torpe, sino con juicio de razón, por tener mujer que le fuese humilde, agradecida y obediente, viéndose casada con quien a duras penas merecía servir. Y porque las ropas, y joyas, y todo el más aparato que le dió, como a mujer de hombre tan calificado, no la ensalzase, tomó la ropilla vil y pobre que ella traía vestida cuando la recibió, y colgóla en su palacio donde ella muchas veces la viese, y con esta memoria de la pobreza pasada nunca se ensoberbeciese con la honra presente. Así que, señora, mire vuestra merced la pobreza en que vivió en tiempos pasados, y nunca de ella se aparte profunda humildad, agradecimiento y amor a quien tantas mercedes le ha hecho y le ha de hacer.

Él sea por siempre bendito. Amén.

110.--A UNA SEÑORA

Que le preguntó cómo podría estar desconsolada y a la vez alegre de estarlo.

Una carta de vuestra merced recibí, y bien veo la razón que tiene en desear que yo la ayudase, siquie-
ra con cartas, a llevar la cruz que por amor de nues-
tro Señor ha tomado sobre sus hombros; aunque,
como vuestra merced dice, mi poca salud es causa
de faltarle, más que falta de voluntad.

Lo que vuestra merced desea saber de qué es que
por una parte esté atribulada de dentro y de fuera,
y por otra contenta de estar donde está, digo que,
como Rebeca traía en su vientre dos hijos que entre
sí peleaban, así en nosotros tenemos [dos] deseos,
unos que proceden de nuestro hombre exterior, y
otros del interior. El primero huye de la cruz y bus-
ca el temporal descanso; el segundo, como ama a
Dios y las cosas eternas, ama la cruz y trabajos como
medio para se salvar. Y debe dar vuestra merced
gracias a nuestro Señor porque le da fuerzas para
no irse tras lo que su sensualidad quiere, porque eso
es una señal que Cristo mora en ella, pues vence en
ella como Él venció, tomando la cruz por obediencia
del Padre, aunque su carne deseaba no padecer.

Esfuércese vuestra merced a llevar la cruz que ha
tomado sobre sí, pensando en la que Cristo tomó por
amor de ella. Y cuando se viere muy fatigada y car-
gada, acuérdesse de aquella agonía en que Cristo es-
tuvo, *hasta sudar gotas de sangre que regaba la tie-
rra* (Lc., 22, 44); y con todo esto prevaleció tanto el
amor que a vuestra merced tuvo, para hacerle decir
que quería más la salvación de ella, que escapar Él
de tormento de cruz. Y si esto pasó el que es nues-
tro Criador y Señor, y ni nos debe nada, ni espera
provecho de nosotros, ¿cuánto más es razón que
vuestra merced diga en sus trabajos: «Señor, por
vuestro amor quiero pasar esto, pues Vos pasasteis
por mí muy mayores cosas? Hágase vuestra voluntad
en mí, y no la mía; pues Vos, Señor, buscáis mi
bien, y yo mi mal; Vos me buscáis el cielo, yo huyo
de él, y me quería quedar con los deseos de la tie-
rra.» Y tenga, señora, por cierto que si se atreviere
a seguir a nuestro Señor por el camino de la cruz,
que es dolores, pobreza, desprecio y desamparo de

criaturas, que Él se lo pague tan bien pagado aun acá, que le pese por no haber sido agradecida a los trabajos que le ha enviado. Y así, señora, le encomiando que cada día le dé particulares gracias por todos los trabajos exteriores e interiores que en toda su vida le haya enviado, y le pida gracia y fuerzas para los de aquí adelante los agradecer como muy particulares mercedes, y tenerlos por señales de su salvación.

Tenga esto como cosa asentada y determinada en su corazón, que el camino por donde ha de ir es cruz; y que mientras más se acercare al fin de la vida, mayor ha de ser su cruz: que así acaeció a Jesucristo nuestro Señor, al cual nosotros hemos de imitar. Y procure de entender en cómo ha de sufrir condiciones ajenas con aquella blandura que Dios la ha sufrido y sufre. Y si es menester reprender a alguien, sea, como San Pablo (*Gal.* 6, 1) dice, *en espíritu de blandura, considerando a ti mismo no seas tentado*. Para sí sola sea cruel, y para todos blanda; sus faltas le parezcan grandes, y riñase y castíguese mucho por ellas; mas de los otros haya compasión y aliviane (1) sus faltas, y temple con misericordia la reprensión y castigo. Y de esta manera le será nuestro Señor blando y piadoso, según Él lo ha dicho, *que con la medida que midiéremos, seremos medidos* (*Mt.*, 7, 2). El cual sea esfuerzo y consuelo de vuestra merced para le servir y aprovechar a otros por su amor.

111.—A UN DEVOTO.

Animándole a buscar a Dios en la obediencia y humildad, y enseñándole cómo el recogimiento no está atado a lugar. Dificultad en hacer mudanzas.

Vuestra carta recibí, y lo que a ella hay que responder es que os acordéis que no hay en esta vida persona que viva sin trabajos, y que quejarse de ellos es quejarse de ser hombre, pues para ellos nacimos. Y si os parece que con estar encerrado tendríades vuestra ánima más recogida, mirad que no es pequeño fruto del ánima la obediencia en cosas que nos desagradan, y la humildad en los oficios bajos.

(1) *Aliviane*: disculpe, haga ligeras.

Y creed que el hombre cuidadoso del recogimiento, y que pone su confianza en Dios, muchas veces se halla recogido en las calles y plazas como si estuviese en su celda. Y los que atan su devoción a lugar particular, luego la pierden perdido el lugar, y aun muchas veces les falta en su propio lugar. Y la causa de ello es por quererla ellos allí, y no se esforzar a buscarla en todas las partes y obras en que por obediencia entienden. En la cual os debéis mucho fundar, sin escoger vos esto o aquello, pues es cosa a Dios tan agradable, que excede a todo lo que el hombre hiciere guiado por su propia voluntad, por bueno que parezca ser.

El P. Fray Luis de Granada irá por allá; haced con mucha confianza lo que él os aconsejare. Sea el Espíritu Santo con vos siempre.

Como soy enemigo de las mudanzas, y las tengo por tan sospechosas, soy tardo en dar respuesta en lo que toca a ellas, hasta que por las oraciones de vuestra merced haya más lumbre para el camino, porque no se ande a ciegas, y se hallen más estorbos de los que se querrían huir. Suplico a vuestra merced lo solicite con nuestro Señor, y en habiendo satisfecho (1) en mi corazón, lo haré saber a vuestra merced. Y entretanto le encomiendo mucho el sosiego del ánimo; porque acaece a algunos perder el tiempo y aparejo que Dios les da, pensando en el que desean tener, y quédanse sin gozar de uno y de otro.

Haga vuestra merced cuenta que no hay más de un día de vida para vuestra merced, y que éste es cuando amanece, y gástelo como si fuese el postero con todo el cuidado que pudiere. Y cuando venga el deseo de otra cosa, respóndale (*Mt.*, 6, 34): *No queráis pensar en mañana.* Y ejercítese en quebrantar su voluntad; porque cuando uno huye de donde hay aparejo de la quebrantar, es como huir de la guerra; y como huye siendo cobarde, y se lleva la flaqueza consigo, en viniendo la ocasión se halla tan flaco como primero, porque mudó el lugar, y no el corazón. Dé vuestra merced buena cuenta de esa casa y aparejo que tiene, y entonces tendrá lengua para pedir a nuestro Señor otro mejor; que de otra manera decirle han que quien destroza lo que le dan, ¿para qué le han de dar otra cosa mayor?

(1) *Satisfecho*: satisfacción, seguridad.

112.—A UNA DEVOTA SUYA.

Que ame ardientemente a nuestro Señor, y le pida su amor, pero con sosiego de corazón.

1. Esperando he estado ver alguna carta vuestra para saber de la salud de vuestra ánima, y para alegrarme si está cual deseo, o penarme si no. Yo suplico a Aquel que por vos vivió y murió, para daros con su vida ejemplo y con su muerte fuerza, que desde que no sé de vos, hayáis ido en crecimiento del divino amor, pues por amor fuisteis criada, redimida, llamada y ganada, y que *no deis tal mancha en vuestra honra* (Eccli., 33, 24) que siendo amada de un tan alto Rey, dejéis vos de le responder al mismo tono, diciendo lo de la Esposa (Cant., 2): *Mi Amado a mí, y yo a Él.* ¡Oh hermana, y qué merced nos hizo Dios en darnos licencia para le amar, y de convidarnos a ello, haciéndolo primero Él, guardando con nosotros la ley de verdadero amador, que es hacerse uno con lo que ama! ¿Quién hizo a Dios hombre, y, como San Pablo dice (Philip., 2), *ser hallado en hábito y manera de hombre*, sino el amor que tuvo a los hombres, para que, tomando Él nuestra pobre compañía, tomásemos nosotros la rica de Él? Hízose semejable a nosotros para hacernos semejables a Él; descende Él para que subamos, y murió para que vivamos, y toma nuestras cargas para que libres y desembarazados, corramos a Él con el ímpetu del amor, estimulados con las agudas espuelas de sus beneficios.

2. Amad, hermana, a tan fuerte amador; y porque de vos no tenéis el amor que Él os pide, pedídselo vos a Él, para que tengáis qué le dar; y con obras piadosas, y con santos trabajos, y ferviente oración, *no deis silencio al Señor*, como dice Isaías (62), hasta que envíe en vos el fuego de su amor, con el cual dulcemente os queméis, y sabrosamente ardáis, y santamente viváis. Y si no os lo da luego, no dejéis de le importunar: porque suele Él probar a sus deseosos con dilación del deseo, para que cuando les diere el deseo de su corazón, tanto mejor les sepa la merced, y mejor la guarden, cuanto con más trabajo alcanzada y más tiempo deseada. Y también lo dilata porque quiere ser amado de verdad, y para esto es menester ser deseado de verdad y con perse-

verancia; porque quien se cansa de andar buscándolo, tambien se cansará de pasar otros trabajos que vienen con el amor. Y así conviene que en esperar sus mercedes, y en todo, andemos sujetos a su voluntad, aunque Él no ande a la nuestra; y andar contentos con la hambre, pues son llamados *bienaventurados los que han hambre y sed de la justicia* (Mt., 5). ¿Y cuál justicia más justa, que amar una ánima a su Criador? ¿Y cómo dejará de dar este amor a aquel que tan justamente lo pide? No perdáis, pues, vuestra hambre de las ansias del amor; mas pasad vuestra hambre con esperanza de la hartura; que acá o allá os veréis junta con el que desea vuestra ánima, y los senos de ella tan llenos del bálsamo de la vida que aviva los celestiales y cuanto vive, que todos vuestros huesos digan (Ps., 102, 1): *Bendice, ánima mía, al Señor.*

3. Y acordaos de lo que os encomendé, que vayáis paso a paso en este camino; porque queriendo andar muy apriesa, no tropecéis y caigáis. Porque escrito está (Prov., 16): *El que es apresurado en andar, tropieza.* Y también dice (Prov., 28): *Que es más segura la hacienda que se gana poco a poco, que la que de golpe.* Y por esto, así tened diligencia en buscar esta merced, que vaya acompañada de entrañable sosiego, fundado en que (Jn., 3, 27) *ninguno puede tener más de lo que nuestro Señor le diere.*

Y mirad mucho vuestra vida, no haya en ella algo que desagrade a los ojos de Dios, y os sea estorbo para que no os dé lo que pedís. Porque quien pretende tener trato de amor con el Rey celestial, conviene que viva con mucho aviso de dentro y de fuera: porque estando en la tierra, y querer comer aunque sea de las migajas de los del cielo, no se puede hacer sin grande mortificación de lo de la tierra, y mucha limpieza de vida.

Sed, pues, agradecida a la merced que el Señor os ha hecho en poner os en esa poca de buena vida, que podáis conjeturar que estáis en su gracia; y que ya que no os acrecentase más virtud, bastaría ésta para salvaros por su misericordia y para vivir consolada; pues no es poco tener esperanza de ir al cielo, aunque sea pasando por purgatorio, y aunque sea con los menores, pues allá ninguno es pequeño. Y no os digo esto para que viváis en tibieza, hartándoos con el poco amor que tenéis; mas para que se os quiten los desabrimientos y desmayos que

por no alcanzar luego todo el amor que deseáis, podríades tener. Pedid mucho amor, porfiad por él, y la perfección de él os ponga cuidado de trabajar; y ese poco que el Señor os ha dado, tomad en prenda de que Él os dará más. Decid con los Apóstoles (Lc., 17): *Acreciéntame, Señor, la fe*. Pedid mucho amor, como la Magdalena, para que vuestra esperanza sea muy firme de gozar en el cielo del Señor que acá deseáis.

Él sea vuestro favor, lumbre y amor ahora y siempre.

113.—A UNA SEÑORA DEVOTA.

Que recoja las piedras que el demonio le tira para ponerlas en su corona.

Plega a nuestro Señor esté vuestra merced como yo deseo; que no en balde se dijo ser el amor cosa llena de temor cuidadoso. Mas, en fin, tengo en el Señor confianza que mirará, como en Jeremias (2, 2 y 6) dice, *el amor con que se desposó con Él* en el tiempo de sus principios, y de cómo le siguió *por el desierto, en la tierra sin camino y llena de trabajos, y que tiene semejanza de muerte*.

Él es muy agradecido a quien con amor le sirve; y en el tiempo de nuestras flaquezas, cuando está nuestra virtud para faltar, entonces mira Él al tiempo que fuimos fuertes, y a la intención amorosa que le tuvimos, y socorre a nuestra miseria con la abundancia de su misericordia. Por eso esté vuestra merced con el corazón esforzado, y como dice San Pablo (Hebr., 10): *No queráis perder vuestra confianza, porque tiene gran galardón*. Y ésta es la que el demonio querría quitar o enflaquecer, para derribar al que a él derriba; cuanto más siendo mujer, de cuyas manos él se tiene por más despreciado de ser vencido, como dijo Abimelech a su escudero (Judic., 9): *Mátame tú, porque no se diga que una mujer me mató*. Y había la mujer arrojado un pedazo de un terrón desde la fortaleza. Y así haga vuestra merced cuando el demonio le diere combate; arrójele a Jesucristo, y déle con Él en la cabeza, que por ser hombre se llama tierra, y así morirá el enemigo. Y si le parece que todavía se queda vivo, sepa que le es gran dolor, y de muerte, el verse vencido.

y ser ocasión que vuestra merced gane corona, pensando él que le había de hacer caer en cadenas.

¡Qué mayor mal para su enemigo, que ayudarla a ser ella muy grande en los ojos de Dios! Que, cierto, si los ojos de vuestra merced viesen el tesoro que tienen ganado con resistir tantas veces al demonio, no hay duda sino que templaríá bien lo amargo de sus trabajos con lo hermoso y rico de sus coronas. Tantas piedras precisas tiene para su corona, cuantas veces ha resistido a los consejos del demonio; y tanto ganado de descanso, cuantas veces sufrido con paciencia sus pesados trabajos que le trae. Por eso no se canse de ganar piedras preciosas, aunque al tirárselas le hieran un poquito con ellas, porque en tirándole, luego son suyas. Y mire que resista a la desaprovechada tristeza, que es principio de muchos males; sino confiada en el Señor, y alegre con su amor, huéllelo todo y parézcale poco, como dice San Bernardo: «Mi trabajo, a duras penas es trabajo de media hora; y si más es, con el amor no lo siento.» *Huelle al dragón y al león*, y téngale él miedo a ella, y no ella a él; y dígase a sí misma: *El Señor es mi ayudador, ¿a quién temeré?* (Ps., 26). El Señor tiene cuidado de mí. ¿por qué me dará descontento cosa que me viene? *El Señor me rige*, muy bueno va. El Señor se sirve de mí; no quiero otro bien, aunque sea muy a mi costa. Porque hallándola el demonio esforzada y apercibida, no la pueda derribar, y tema de la acometer.

El Señor que la llamó la conserve, y haga tal cual yo se lo suplico. Amén.

114.—A UNA SEÑORA.

Que nuestro Señor envía trabajos para acibarar los deleites. Que sólo busque el contento de Dios.

En todo caso querría que V. S. persuadiese a su corazón que el lugar de su descanso es el cielo, y que acá no hay sino pena y miseria. Y mirar que ningún amigo tuvo Cristo que no viviese accsado de mil maneras de trabajos hasta entristecerse, penarse y llorar, suspirando por su tierra, que es la vista de Dios; y de esta manera fueron bien recibidos allá. Porque ninguno lo es, sino quien primero mucho lo

desea; y para mucho desearlo, es menester que nos pongan acá acíbar en nuestra boca, para que destetados de lo que bien nos sabe, busquemos nuestro propio manjar, que es el espiritual y advenidero.

¡Oh señora, y cuánta es la corrupción de nuestro apetito! ¡Y cuán tarde nos sabe bien al corazón lo que nos trae provecho! ¡Y cuánto nos saboreamos en lo dañoso y liviano! ¡Cuántas sofrenadas son menester contra nuestro corazón para que no tome gusto en lo transitorio! ¡Y cuán de buena gana corre a ello sin que le pongamos espuelas! Grande es nuestra enfermedad, y gran remedio ha menester, y éste procura el Señor por mil artes; y no son de las menores amargarnos y penarnos, para que, como locos, seamos con la pena cuerdos, y heridos va[ya]mos a buscar remedio en Él, y Él de muy buena gana nos lo dé. Conviene, señora, hacer el corazón a trabajos, y como a medicinas de nuestra ánima, amarlos, o a lo menos sufrirlos con igual corazón; porque más razón es que queramos nuestra salud eterna con alguna costa, que nuestra muerte por huir de trabajos.

Trate V. S. con nuestro Señor muy a menudo; trate con profundo conocimiento de su propia necesidad; trate con un corazón sujeto a la ordenación de su providencia, y que sobre todo desee tener contento a este tan inmenso Señor. No quiera que Él le diga a ella lo que ella quiere oír, sino que le tome la voluntad y la ponga en la de Él. Esta sea, señora, su oración, éste su pensamiento, cómo se dará del todo y con amor muy sujeta a la santa voluntad y Ley del Señor, y ésta le sepa más dulce que la miel y el panal. No se hace esto así tan fácilmente, si no se despega el ánima de lo que se lo puede impedir, ni se alcanza sino con importuna oración. Mas ¡dichosa hora en que se da, aunque mucho haya costado! Y si viniere V. S. a recibir de la mano del Señor alguna centella de su amor, entonces será su corazón ensanchado en mitad de las tribulaciones, y huirán las congojas, nieblas y desconfianzas, y pondrá de muy buena gana sus cosas en las manos del Señor, y esperará de ellas buen suceso, pues de tales manos no sale sino lo mejor. Acuérdesse V. S. que el Señor mete en peligros, y saca; y envía recios dolores, para que sea con grandes voces llamado, y muy glorificado cuando hubiere librado de ellos; y por esto no se desmaye, no se desconfíe: traiga su cruz con alegría, que en algo que duela se ha de experi-

mentar el amor, y con ello se ha de servir al Señor y ganar el eterno reino.

El dé a V. S. mucha copia de su santo Espíritu, para que, fortalecida con él, la sirva en grande alegría. Amén.

115.—A UNA SEÑORA (1)

En tiempo de Adviento. Con qué disposición ha de recibir a Jesucristo. Miseria en que cae el ánima que echa a Dios de sí por el pecado mortal.

1. La gracia y paz del Espíritu Santo sea en el ánima de vuestra merced, y le ayude en este santo tiempo a aparejar su ánima para el Niño que ha de nacer, sin tener casa propia, en las ánimas que lo quieren recibir. Extranjero viene y en mucha pobreza; déle vuestra merced su ánima, porque le diga el día postrero: *Huésped era, y acogisteisme* (Mt., 25, 38).

2. Mas mire que así como no hay cosa tan para desear, como aposentar este Niño en el ánima, así no hay cosa que más cuidado y diligencia pida, que tenerle aparejada casa a su voluntad. En humildad y pobreza viene, humildes y pobres le han de recibir: a trabajos viene, con trabajos se le ha de ataviar la casa en que ha de morar: casto es, y a castos ama; y aunque es Niño y chiquito, es Dios y muy grande; y por eso no es pequeña cosa aparejar posada al gran Dios. Delicado es nuestro Señor, y por un pecado mortal, que muchos fácilmente cometen, no entra en el ánima; y también por otro se va, y después de ido, no viene tan presto como se va; mas da bien a sentir, en la dificultad del tornar, con cuánta diligencia debe ser guardado cuando le tenemos.

3. ¡Oh señora, y qué rico está quien a Dios tiene! ¡Y cuán muchas veces al día había de mirarse su seno, preguntando al Señor si estaba ahí! ¡Qué cadenas le había de echar de rogativas y lágrimas, suplicándole lo que dice David (Ps., 21): ¡Señor, no te apartes

(1) Sospechamos que esta señora sea una mujer noble que vivió en Córdoba amancebada y a quien Dios convirtió por los sermones del M. Avila, el cual, con admirable fortaleza, la libró de las garras de un personaje de quien tenía tres hijos. (Véase Granada: VIDA, P. 3.^a, c. 4, § 7.)

de mí! ¡Cuán enfrenado ha de andar el hombre, porque no haga cosa en que dé enojo al Señor, y de enojado se vaya! Porque si Él es todos los bienes, ¿qué sera perderlo, sino caer en todos los males? Cosas dolorosas siente el ánima que a Dios ha perdido, que en ninguna manera las pudiera creer, aunque todo el mundo se las dijera. Lo cual parece bien en nuestros padres Adán y Eva, que mirando Eva la fruta del árbol vedado, parecióle muy hermoso, y que si ella comiese de él, le sería muy dulce, y le sería gran bien; mas después de comido, se le abrieron los ojos para ver tantos males que por ello le vinieron, que experimentó a su costa que fué mayor el amargor de haber quebrantado el mandamiento de Dios, que había sido el placer de haber comido del árbol. Y entonces vió que lo que le parecía que el fruto vedado era *hermoso y sabroso*, era engaño del diablo, que le hacía trampañosos, y le ponía fastidio de los frutos que Dios le mandaba comer, pareciéndole desabridos; y le parecía que en aquello que Dios le vedaba estaba el sabor y bien escondido.

4. ¡Oh cuántos han sido por falsas imaginaciones engañados del diablo, prometiéndoles contento y sabor, que después han llorado amargamente, porque dieron crédito al que sabían ser mentiroso y padre de mentira! Y unos, a cabo de muchos trabajos y lágrimas, a duras penas tornaron a cobrar la amistad de Dios, aunque toda la vida vivieron con aquel puñal en el corazón: «¿Cómo ofendí a Dios, habiéndome Él hecho tantos bienes?» Y paréceles que no gozan del alegría del perdón, con el continuo dolor y vergüenza que tienen por la ofensa. Otros hay que idos una vez, nunca más tornan, como gavilanes que, idos de la mano de su señor, hallan carne que comer, y de encarnizados no tornan. Y después de haber gustado manjares de ángeles, vienen a deleitarse en manjares de puercos. Y *de éstos*—dice San Pedro (2 Petr., 2, 21)—*que les fuera mejor no haber conocido el camino del Señor, que después de conocido dejarlo; y que les acaece como al perro, que come lo que una vez vomitó, y como a puerco, que se revuelca en el cieno de una parte y de otra.* Y el Señor dijo (Lc., 9, 62) que *quien pone la mano en el arado y mira atrás, no es bueno para el reino de Dios; antes queda hecho mundano, y propio para ser escarnecido de los demonios, y puesto en escarmiento para que otros no ofendan a Dios.* De esta manera se per-

dió la mujer de Lot, que habiéndole Dios hecho tan gran merced, de librarla del fuego que vino del cielo sobre Sodoma y Gomorra. donde ella moraba, y mandándole que no mirase atrás. no obedeció: y *en tornando la cabeza atrás, quedóse hecha estatua de sal* (Gen., 19, 26), en que lamen las bestias. Y es de mirar que, si tan reciamente castigó Dios a la que no había sido pecadora en su ciudad, solamente porque no obedeció el mandamiento de no tornar atrás, ¿qué espera el pecador, librado de los castigos de Dios por su grande misericordia, si despreciando tan grande bondad, vuelve su corazón a los fuegos pasados, y a las ollas podridas de carne de Egipto?

5. Guarde Dios, por quien es Dios, a toda ánima de caer en males tan grandes; porque, como dice San Pablo (*Hebr., 10*): *Espantable cosa es caer en manos de Dios vivo.* ¿Quién es el hombre para que pueda sufrir a Dios enojado y airado? Porque así como un grandísimo fuego se traga una pequeña pajita, así la fuerte ira de Dios traga a las ánimas y cuerpos de los que de Él se apartan. Y así como, cuando la mujer muy querida ha hecho adulterio, se enoja el marido más mientras más querida había sido de él, así [es] el enojo de Dios, muy incomportable contra el ánima que Él había sacado de cautiverio de pecados, y de esclava hecho libre, y de desnuda de gracia, muy rica y vestida, y de mala esclava, muy honrada y amada mujer. ¿Qué merece la que ingrata a tantas mercedes, no digo hace adulterio a su tan piadoso y honrado marido, mas aun le pasa por el pensamiento con muchas leguas? ¿Quién así piensa dar bofetada a quien tantas por ella pasó, y tornar a crucificar y deshorrar de nuevo, a quien fuera razón de antes untarle las heridas recibidas, que darle otras de nuevo? ¡Qué maldad para asombrar, dejar a Dios por el demonio, y estando en camino del cielo, meterse de pies en infierno, y querer más tratar con Dios enojado, que con Él apacible y manso!

6 No he escrito, señora, estas cosas para que yo piense que este mal ha de venir por vuestra merced; porque mi confianza no está en ella, mas en Aquel que tan piadosamente la rescató del cautiverio en que estaba, y le ha enseñado tanto su amor, que ha dado bien a entender que no ha tomado el negocio de burla, ni quiere que ella ni yo lo tomemos. En este Señor, que tan fielmente ama, tengo mi confianza, que no en vuestra merced, que tan mal responde al amor

fiel. Mas he escrito esto para que barrunte algo del peligro en que está, y más y más se encomiende a nuestro Señor, y siquiera no se pierda el tiempo en admitir pensamientos desaprovechados. El Señor ha de sacar esto a luz, y ha de acabar lo que ha comenzado, y no me ha de quitar a mí esta corona; por eso tenga paciencia, que lo que Dios me ha dado, ella no me lo ha de quitar. Acá tiene vuestra merced muchos siervos y siervas de Dios, que con muy gran cuidado la encomienden a su misericordia. Él la haga muy cumplida con vuestra merced. Amén.

116.—A UNA SEÑORA AFLIGIDA

Y tentada del demonio. Esfuérzala que lleve adelante la bandera de Cristo.

Señora, ¿qué tiene? ¿qué la duele? No haya miedo, que el Fuerte es su defendedor, y la Madre del Fuerte es su patrona. No piense que la han olvidado; que no es sino que se huelgan de verla en pruebas, para que los demonios queden confundidos en tornarse sin ganancia, y Dios sea glorificado, que hace victoria en las cosas flacas, y su ánima quede hermosa, y mientras más martillada, más aparejada para ser candelero de oro en el templo de Dios. Ea, señora, levántese del polvo de la tristeza, y sacúdase de lo que nuestro enemigo le trae, *y no dé mancha en su honra (Eccli., 33, 24)*, pues la suya es de Dios. No me entristezca a mí con verla caída, sino alégreme con su victoria, y véala yo tener en pie la bandera de Cristo, aunque le cueste la sangre. Muerta sí, vencida no; y la corona que tiene resplandeciente no la obscurezca. Y si el demonio porfia, porfie ella; si él la quiere derribar, levántese ella por dar contento a nuestro Señor, y por no perder lo servido. Acuértese qué gozo es haber sido fiel a Cristo, para que oiga de la boca de Él (*Lc., 22*): *Vosotros sois los que permanecisteis conmigo en mis tentaciones; Yo os dispongo el reino, como mi Padre lo dispuso a Mí.* Sea compañera de nuestro Señor, y diga como San Ignacio: ¡Tormentos, cruces, quebrantamiento de huesos, y todos los tormentos por arte del demonio inventados, todos vengan sobre mí, sólo con que yo merezca ver a mi Señor Jesucristo en su gloria! Y pues tiene esperanza que lo ha de ver, tenga es-

fuerzo para padecer. Y mire que no le tomen de sobresalto; pues tanto antes que le viniesen estos trabajos le han sido dichos. Escogióla el Señor para mártir de amor, y para que beba su cáliz con Él; no se escandalice en lo que le envía, que Él dijo (Mt., 11): *¡Bienaventurado el que no se escandalizare en Mí!*

Bueno va, señora, bueno va, pues el que es todo Bueno así lo quiere. Persuadido estoy que la ama, que la cuida y que no da licencia a nuestros enemigos para fatigarla, sino para bien de ella. Él la ha de sacar de esta angustia, como de otras ha hecho; por eso cobre esfuerzo, que ángeles la cercarán que no demonios; y el mismo Dios está presente, sino que calla cuando están apaleando a su sierva, como hacía a San Antón. Ahí está el Señor viendo su pelea; por eso hágalo varonilmente. Que así como a los elefantes les ponen delante sangre para que se esfuerzen a pelear, así para que la sierva de Cristo sea esforzada, es bien que esté presente su Señor y su Amado, para que a ella le crezca el esfuerzo mirando a Él, y antes muera que sea cobarde. Haga hazañas, señora, y sean de amor, y como llama viva, salga la fe y el amor diciendo: «De Cristo soy, no conozco a otro. A Él me encomiendo, no temo a nadie. Mi ánima le he dado, ¿cómo se la podré quitar? Padecer quiero por Él, y ésta sea mi parte en este mundo. Y aun no he comenzado, que mi trabajo liviano es; y si es pesado, con el amor me parece liviano. Aquél es mi confianza que a nadie faltó. Más creo la verdad de Él, que las mentiras del demonio; más quiero morir en el camino de la verdad, que vivir fuera de él.»

Señora, ya sabe que las obras del demonio son tinieblas, y sus palabras mentiras; dígales un no, y cierre su puerta; y si viniere a llamar, disimule con él, y como pudiere, llame, o desee llamar, a nuestro Señor, y no se derribe ni se desmaye; *mas sea probada y hallada fiel, y examinada con fuego, y no se halle en ella maldad (Ps., 16, 3); que el Señor proveerá de socorro, y vendrá sobre la mar a la cuarta vigilia de la noche (Mc., 14) y la mandará sosegar.*

El que la ha guardado, Ése la guarde y defienda de todo mal para honra de su santo nombre. Amén.

117—A UN SACERDOTE ENFERMO.

Que la paz y fortaleza del cristiano está en creer y obedecer a Dios, y no en escudriñar con nuestro corto juicio los juicios profundos de Dios; y que en esta conformidad con la voluntad de Dios consiste la perfección.

1. Alguna razón tendríamos para desatinar en los acaecimientos que suceden, si no mirásemos a aquel tan verdadero tino, Dios, que ninguna cosa hace, ni hacer puede, que muy bien hecha no vaya. Y quien tras este tino atina, nunca desatina; porque el crédito (1) que Dios sabe lo que hace, y que lo hace por nuestro bien, lo conserva en paz, sin sentir aquellos grandes alborotos y desasosiegos, que los que a su propio parecer miran, sienten; los cuales quieren medir la altura del cielo con pequeña vara, y la anchura de él con chico palmo, cuando piensan escudriñar los altos y ocultos juicios de Dios que sobre nosotros hace; y esto por su flaca y poco sabia razón, que para las cosas de Dios es como ojos de lechuza para los claros rayos del sol. De manera que la paz en el creer está, no en el escudriñar; en el obedecer con simpleza (2) lo que Dios envía, no en pensar que otra cosa fuera mejor; en ser regido, no en regir; en seguir los ojos cerrados tras esta luz divina, que errar no puede, no en tenerlos abiertos a escudriñar lo que alcanzar no podemos, y lo que nos hace verdaderamente ciegos, consistiendo nuestra luz en seguir la divina.

2. Esta es la carrera que San Pablo desea que todos tengamos cuando dice (*Rom.*, 15, 13): *Deus autem spei repleat vos omni gaudio et pace in credendo; ut abundetis in spe, et virtute Spiritu Sancti.* Dice Dios de esperanza porque había dicho antes: *Erit radix Jesse, quae exurget regere gentes, in ipsam gentes sperabunt;* y pues para esto vino al mundo, para que, muriendo por nosotros, nos enseñase su amor, razón es que se llame *Dios de esperanza*, pues también se llama *Dios de amor*, y el mismo amor: *Quia Deus charitas est* (1 *Jn.*, 4). Y no hay cosa que más nos levante a esperar, que el ser amados de Dios;

(1) *El crédito*: la persuasión.

(2) *Simpleza*: sencillez.

y no hay señal tan clara de este amor, cuanto es de su parte, como el haber dado por nosotros su vida. Pues este *Dios de esperanza*, dice San Pablo, *os hincha* (3) *de paz y gozo*, no en escudriñar lo que hace, mas en creer con simplicidad que Él es la verdadera sabiduría de los que en este destierro vivimos. Y los que de esta manera le creen y aman *abundan en esperanza y fortaleza de Espiritu Santo*; porque mientras uno menos discierne, y más se fía y ama, más esperanza le crece; porque cree que mientras más a ciegas se arroja en Dios, tanto más seguro está. Porque, como San Agustín dice: No es Dios tal, que arrojándonos en Él, hurte el cuerpo y nos deje caer; que los que caen es porque no se osan arrojar en Dios, queriendo más vivir en su voluntad y parecer, que les parece luz y razón, que en el de Dios. Y de esta esperanza amorosa que del echarse en Dios nace, procede *la fortaleza*. Porque no hay cosa más flaca que quien tantea su vida por su parecer, ni más fuerte que quien no cuidando del suyo, se somete al de Dios. El uno a cada paso se queja; el otro nunca. El uno a cada paso ve que temer y que le descontente, porque lleva sus ojos abiertos mirando acá y acullá; el otro, como no tiene ojos, no se espanta (4), mas muele muy buena harina andando alrededor de su centro, Dios, cuyo saber y bondad cree ser tanta, que basta saber y querer regir a los suyos.

3. Todo esto he dicho, carísimo Padre, por acordaros que no os turbe vuestro seso la enfermedad que el Señor os ha enviado para su gloria y prueba de vuestra *obediencia*, la cual *agrada más* a su divina Majestad que *las victimas y sacrificios*, según fué dicho al desobediente rey Saúl (1 Reg., 15, 22). No tanteéis lo que hiciérades estando sano; mas cuánto agradaréis al Señor con contentaros con estar enfermo. Y si buscáis, como creo que buscáis, la voluntad de Dios puramente, ¿qué más se os da estar enfermo que sano, pues que su voluntad es todo nuestro bien? Mirad que la enfermedad, en el cuerpo es; guardad mucho no pase al anima, pues para salud del hombre de dentro aflige Dios al de fuera. Y entonces no pasa, cuando el ánima no se descontenta de lo que el cuerpo padece, antes se ofrece a la vo-

(3) *Hincha*: lleue.

(4) Parece aludir al animal que con anteojeras da vuelta alrededor de una piedra de atahona.

luntad de Dios, sacando salud de la enfermedad. Creedme, Padre, que así cria Dios a sus hijos, quitándoles al mejor tiempo el sabor de la boca, para que aprendan a, en todo y por todo, ser desnudos de sí, y estar prontos a volverse acá y acullá a la voluntad de Él. Y aunque duele este despegar de nos nuestras afecciones, no mira nuestro piadoso Padre a lo que nos es más sabroso, mas a lo que nos es provechoso. Y así saca Él a sus hijos de entre pañales, como dicen; porque hasta que esté uno todo desnudo de sí, y vestido del querer de Dios, muy niño es; y como niño, se enoja y se huelga, y llora y ríe, y teme y espera a cada paso; la cual edad es cosa penosa para vivir muchos días en ella; y aun peligrosa, porque es *maldito el niño de cien años* (Isai., 65, 20). Por lo cual, aunque el santo Isaac fuese hijo de prometi-miento divino, y su mismo nombre quiere decir *gozo* o *risa*, no empero leemos que su padre Abraham hiciese fiesta de alegría cuando le nació *la alegría*; mas cuando entristeció a su *alegría*, que fué *cuando destetaron a su hijo* (Gen., 21, 8), que suele ser un paso bien triste para los niños. Mas por allí conviene pasar a los que en Cristo nacen, para que probándolos Dios con una cosa y otra, dándolés acibar, que son cosas contra la voluntad de ellos, los hace (5) varones que coman, no leche de consuelos, ni cumplimientos de su voluntad, mas pan duro de perfecta obediencia.

118.—A UNA DONCELLA.

Aconséjala el cuidado del buen propósito que Dios le ha dado. Que todo lo de este mundo se pasa como humo: y que en los ocupaciones traiga el corazón recogido.

1. Es tanto el cuidado que de vuestra ánima me pone nuestro Señor, que me constriñe a continuamente en mis oraciones tener memoria de vos, suplicándole que os dé gracia para acabar lo que por su bondad habéis comenzado. Y esto, hermana, no lo agradezáis a mí, que soy un descuidado, mas a aquel Señor que tomó sobre sus hombros todas nuestras cargas, y cuidado en su Corazón de todas nuestras ne-

(5) *Los hace*; así las ediciones de 1578 y 1595.

cesidades; y porque os amaba a vos, me manda a mí que de vos me acuerde.

2. Y, por tanto, os amonesto de parte suya, que miréis con diligencia el tesoro que el Señor en vos ha puesto, pues el corazón os da testimonio y gran conjetura que lo amáis. Y así os alegrad por haber sido del Señor llamada y amada, que también temáis de la cuenta que os ha de pedir de la gracia que en vos, según podamos conjeturar, ha puesto. Porque (*Lc.*, 12, 48) *a quien mucho da, mucha cuenta le pide*; y ninguna dádiva hay tan grande, como dar a uno corazón nuevo y propósito espiritual de agradar al Rey de la Majestad; y por eso ninguno tan cuidadoso debe andar, como a quien el Señor ha dado este don celestial, porque no se le torne en ocasión de mayor condenación lo que, por la liberalidad de Dios, le fué dado para su eterna salud. No conviene, hermana, a la que camina para el cielo detenerse en cosa alguna de la tierra; ni la que a Dios quiere, volver sus ojos a cosa criada. Mirad bien, y veréis que muy poco habéis dejado por Dios, aunque mil mundos dejáredes. Porque allende que todo lo criado, en comparación del Criador a quien vos buscáis, es como un grano de mijo, y mucho menos, en comparación de la grandeza del cielo, es bien que sepáis que el mundo se pasa, y sus deleites con él; y sólo aquél permanecerá para siempre, que al eterno e inmutable Dios se arrimare.

3. Si no, preguntad ahora a los que en este mundo menospreciaron la flor de él, y escogieron el trabajo y la mortificación de la carne, si se han pasado o permanecen para siempre. Cierto, si viésemos las eternas coronas que en el cielo poseen, no querríamos en este mundo cosa alegre de Él, mas de corazón lo despreciaríamos, y querríamos ser hollados de todos por allí ser honrados de Dios. ¿Qué es toda la carne y sus placeres, sino lodo sucio y *florequilla de heno* (*Is.*, 40) que presto se pasa? ¿Qué es el mundo y sus honras sino humo, que él se consume sin quedar rastro de él?

4. Hermana, allí poned vuestro deseo donde están los verdaderos y eternos bienes; allí enviad *vuestro tesoro donde el ladrón ni polilla os lo lleve* (*Mt.*, 6). No pongáis en peligro aquel reino por meteros en tráfigos de acá; no os lleguéis a los peligros, porque quizá caigáis, y quebrada la redoma de la conciencia, se os pierda el bálsamo de la gracia que en ella os dió